

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV

San José, Costa Rica

1949

Domingo 30 de Enero

No. 21

Año XXIX — No. 1072

Gracias a Juan Marinello

Por José CHAVEZ MORADO
(En Hoy de La Habana, Octubre 1948).

En el homenaje rendido a Juan Marinello el día 24 de septiembre por mexicanos y españoles en la ciudad de México —Centro Republicano Cultural Andalúz— el pintor Chávez Morado dijo, a nombre de los mexicanos presentes, estas palabras.

Querido amigo, compañero
y maestro Juan Marinello:

Un grupo de amigos tuyos, mexicanos, me encargó te dijera unas palabras sencillas de pintor en esta noche de cordial homenaje en tu honor. En verdad, debería pintar en vez de hablar; mejor fuera que estuviese en mi estudio preparando telas y pinceles, pues debo a Cuba tu retrato.

Perdóneme, y perdónenme todos los presentes, mi llana y torpe forma de hablar, propia de los hombres que derivan sus palabras de sus experiencias. Por ello, tendré que hablar de mí para hablar de Juan; para decir, al menos, cuánto le queremos aquí.

Lo conocimos en la época del gobierno del General Cárdenas, cuando el zócalo se llamaba la Plaza Roja de México. Poco hacía que había yo llegado de mi provincia y me ocupaba en cultivar las dotes que heredé para las artes plásticas. En esa época sólo existían en México dos tipos de artistas modernos que pudieran servir de guía a los jóvenes. Los primeros no merecen en verdad mencionarse, ya que no resisten el análisis más superficial: eran los extranjerizantes, ávidos copistas de modas, escapistas, egoístas y cobardes.

Los otros, los segundos, que son en realidad los primeros en todos sentidos, eran los grandes pintores del muralismo mexicano, deformes de ser tan grandes, con debilidades y torcimientos producto de una gran pasión, barrocos y grandilocuentes, capaces de las mayores generosidades y de los más cerrados egoísmos, sujetos a fatales errores. Siempre, en su campo, me han parecido gemelos a los caudillos de nuestra Revolución.

Como era natural, los que imprimieron su orientación fueron los artistas del segundo grupo. Sin que se lo propusieran, sin ejercer influencia personal directa, nos modelaban sin aceptar la responsabilidad de su magisterio.

La llegada de Juan Marinello cambió la situación. Lo encontramos en una organización que equivalió a una escuela, en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, centro de las actividades culturales de aquella época, en la que aprendimos más de lo que universidades y academias pueden transmitir.

En Marinello encontramos, por fin, un maestro; admiramos, ante todo, su equilibrio, equilibrio magnífico producto de la madurez de una vida. Sabiéndolo valiente y sacrificado, nunca le escuchamos bravuconerías, ni le conocimos resabios de amargura; sus anteceden-



Juan Marinello

(1948)

tes políticos eran limpios; había luchado infatigablemente contra las tiranías que habían encadenado a su isla; era de cultura profunda y humana, sensible a lo bello, sobrio y viril.

El trato diario, el peligroso y delatador trato diario, acrecienta a Marinello. Su fraterno, sencilla y confortante conversación lleva tramada finamente la apostolar presencia del maestro; franco y cariñoso, tiene el recato y la dignidad del caballero.

Convivió con nosotros hasta 1937 y luego partió a España, que se debatía entonces en la guerra de agresión fascista y donde tuve el privilegio de encontrar, en aquellos días amargos, de nuevo a Juan.

Una de las características que más sorprenden en Marinello es su dominio y señorío del ambiente. En México, se mueve con soltura y arraigo; en España, como un español. Estoy seguro de que así lo hará en cualquier lugar que pise. Es un ciudadano del mundo, en el más profundo sentido del término.

Seguramente que Juan no se llevó una idea clara de la profunda huella que dejó entre los jóvenes de mi generación. Creo que, de haberlo sabido, su modestia se hubiera conturbado. Pero así fue: nos dejó un ejemplo de integración creadora, de solidez de forma y de pureza. Nuestros esfuerzos han consistido desde entonces en conciliar la violencia con la sinceridad, lo barroco con el orden, el color con la forma, la acción con el pensamiento.

México, a su vez, debe de haber transmitido a Juan la fuerza obstinada de su subsuelo y descubierto con el ejemplo su trascendente misión americana. Abrazado a ella, ha crecido a los ojos del continente hasta convertirse en un gran líder y un gran maestro de América.

Nosotros en México, inspirándonos en nuestras tradiciones de libertad y lucha revolucionaria y en el ejemplo glorioso de la revolución socialista, tomamos el camino callado y eficaz de la militancia diaria, de la participación activa en las luchas de nuestro pueblo.

Recuerdo con orgullo el papel que los artistas mexicanos han tenido en innumerables batallas. Por ahí han volado miles de hojas ilustradas con nuestros grabados: hojas contra la carestía de la vida y contra los acaparadores, contra el fascismo internacional y el criollo, contra los corruptores y traidores de las luchas obreras y campesinas, contra el imperialismo y sus peleles nacionales. Obras al parecer efímeras y que sin embargo tienen perdurabilidad por el acoplamiento perfecto de la técnica al contenido y por la sincera emoción que las produjo.

La participación en estas escaramuzas, más una continua revisión doctrinaria, han revolucionado nuestros conceptos estéticos, salvado a la pintura mexicana de caer en la decadencia en que se debaten tanto la Escuela de París como sus filiales, las "pinturas coloniales" de los países que no han logrado una madurez de expresión artística.

Por eso, al llegar en este momento el enjuiciamiento de las manifestaciones del arte en los últimos treinta años, vemos destacarse en el campo internacional dos corrientes, una decadente, deshumanizada y morbosa Escuela de París y sus derivados, hoy en quiebra, y la otra: realista, humana y vigorosa, que supo tomar de las tradiciones más sanas de la misma escuela francesa —Cézanne— los elementos de construcción, ritmo y monumentalidad.

A la cabeza de esta última escuela está el arte mexicano. Ha pasado ya los años de prueba, rechazando con éxito contaminaciones perniciosas y los ataques a la decadencia del arte de Occidente, que han esgrimido con innegable fundamento los críticos soviéticos, sólo servirán para fortalecerlo.

Gracias, Juan, por tu participación al orientar los años decisivos de nuestra juventud: salvaste nuestras obras y aun nuestras vidas de verse frustradas. Hoy queremos estar a tu lado en la lucha de nuestros pueblos contra la guerra, la tiranía y el hambre. Esperamos cumplir.